# ¿Para qué sirve Carlos Andrés Pérez?

Ante la convocatoria a participar en la redacción de un ensayo acerca del ex presidente Carlos Andrés Pérez (CAP) en la oportunidad de celebrarse el centenario de su nacimiento, nos reunimos los tres hermanos para discutir cómo participaríamos. Visto que no podíamos llegar a un acuerdo en torno a una única línea argumentativa ni emprenderíamos por separado la redacción de ensayos independientes, hemos decidido presentar un trabajo redactado a seis manos en el que buscamos contraponer la visión de cada uno de nosotros con base en las narraciones de nuestro padre, más la información disponible en los textos de estudio y el mundo digital.

Llegados a este acuerdo, vale la pena relatar quiénes somos, respetando la condición de no develar nombres ni hacer semblanzas tan claras que vulneren el anonimato que exige la normativa del concurso. Así las cosas, podemos decir que somos tres jóvenes cuyas edades van desde los 15 hasta los 20 años, que nacimos y crecimos en provincia, que a nuestro padre siempre le ha gustado la política, pero nunca nos ha alentado a ejercerla. Aunque nuestro papá es un ávido lector, nosotros no hemos leído nada más allá de lo estrictamente necesario, somos de la generación de imágenes, de textos cortos y de la información presentada en su mayor nivel de síntesis. Papá, por el contrario, es un tipo complejo, que trata de ver todo desde múltiples puntos de vista, lo que rara vez le permite establecer posiciones únicas e indiscutibles; excepto con Carlos Andrés Pérez. Para papá Carlos Andrés es el paradigma del político venezolano; sin embargo, admite aproximarse con la mayor franqueza a lo que él identifica como aciertos, así como a lo que cualquier otro, además de él, considere errores. Esta narración acerca de nuestro padre viene al caso para explicar porqué tenemos visiones tan distintas acerca de un mismo personaje y cómo hemos podido elaborar un ensayo en el que la admiración y la crítica tienen igual cabida.

Expuestos así los que vendrían a convertirse en antecedentes del ensayo, abordamos ahora la forma en que se expondrán y contrastarán las ideas que contiene este trabajo. Queremos adelantarnos en advertir lo que no encontrará el lector en este documento, pues siendo ello lo menos, restará entonces lo demás. No hallará aquí un ejemplo de fanatismo, tampoco un recuento histórico y, menos aún, un análisis restringido a los gobiernos de CAP. Siendo entonces lo demás dilucidar cómo conocer la trayectoria de los políticos de ayer nos podría ayudar a construir un nuevo país que, conducido por personas que reúnan las virtudes de aquellos, en ausencia de sus defectos y en sintonía con lo que nuestra generación aspira, resulte en una nación de futuro. Es nuestro ánimo

responder la interrogante que hemos planteado al inicio, y procuramos lograrlo mediante un abordaje a veces tradicionalista, otras veces disruptivo, pero que en definitiva buscamos motivar a nuestra generación para que vea hacia adentro en vez de seguir viendo hacia afuera.

Pasemos ahora a compartir el esquema del nudo argumentativo del ensayo. Nos ha parecido apropiado diferenciar al Carlos Andrés político del Carlos Andrés estadista, y así comparar cada una de esas facetas con lo que consideramos es la expectativa que nuestra generación tiene de uno político y otro, que al final son y serán uno solo, pero que a los efectos de conquistar y ejercer, cada aspecto cobra más o menos relevancia. Es obvio que las realidades de hoy son distintas a las realidades que vivió CAP; incluso las realidades entre sus dos presidencias resultan muy distintas para poder establecer una comparativa que minimice la subjetividad. En consecuencia, hemos hecho el análisis con base en cuán diferenciable resultan, en discursos y acciones, las características fundamentales de la acción política y gubernamental de Carlos Andrés Pérez a partir de fuentes verificables. Hecho esto –y a modo de conclusión– nos ha resultado imprescindible comparar el perfil que hemos construido con el escenario político actual, a fin de satisfacer la necesidad de encontrar soluciones políticas viables para superar la severa crisis de gobernabilidad en que vivimos. Es esto último lo que nos parece debe ser el resultado de esta iniciativa, convertirse en un aporte mucho más valioso que un simple ejercicio literario, biográfico o hasta anecdótico. Así descrita la dinámica expositiva que a continuación habrán de encontrar, procedemos conforme al plan.

**Carlos Andrés político**

La primera inquietud que nos asalta ante este tema es la definición de las características de un político. Según el Diccionario de la Lengua Española, **político**, dicho de una persona, es aquella "que interviene en las cosas del gobierno y negocios del Estado"[1], pero esto no nos ayuda mucho. Luego de una sencilla investigación, el resultado sigue sin traducirse en un concepto potable, entendible para quienes, como nosotros, no hemos vivido otras formas ni otros actores más que los de hoy. Así las cosas, quisimos definir el concepto a partir de la figura de CAP en contraposición con su némesis: Hugo Chávez. Eso tal vez resulte un sacrilegio para los fanáticos de uno o de otro, pero justamente por

[1] https://dle.rae.es/político [consultado septiembre 22, 2022]

esa intensa pasión que cada uno inspira, aun después de muertos, es que presumimos podrá sernos útil la comparación para responder ¿qué es un político?

Comenzamos por la conexión emocional con las masas. Ambos personajes despertaban pasiones casi como unas estrellas del cine, como divas del espectáculo. Es evidente que el éxito político que cada uno tuvo está íntimamente relacionado con esa pegada que tenían en el afecto del pueblo. Pero, se nos plantea otra pregunta: ¿es la popularidad el principal elemento constitutivo del político? A este respecto nos encontramos ante la primera división de opiniones. Con base en la exposición de Santiago Delgado Fernández en su ensayo "Sobre el concepto y el estudio del liderazgo político. Una propuesta de síntesis", donde cita a Northouse (2001), hemos encontrado tres aproximaciones al concepto de liderazgo político, lo que nos resulta la base del concepto que intentamos definir, pues, en esencia, lo que llamamos *político* es una persona que ejerce influencia en los demás, que es –o debería ser– un líder. Ahora bien, volviendo a las ideas de Northouse, éste sostiene que al concepto de liderazgo pueden dársele tres significados igualmente correctos, a saber: "…como rasgo o cualidad atribuible a una persona. En segundo lugar, como atributo posicional o situacional y, en último término, en calidad de comportamiento"[2]. Como era de esperarse, siendo tres los autores, pues cada uno ha elegido un significado que mejor se acomoda a sus ideas.

Desde la interpretación del liderazgo como una cualidad personal, el rasgo del carisma, esa conexión emocional con las masas, se vuelve imprescindible. La explicación de tal vínculo la halla el coautor en igualar a estos personajes con una suerte de estafador, de esos adivinadores de feria que, con una innata cualidad para conectar sutiles señales a los fines de presentarse ante el incauto con un ser superdotado, termina por inducir un círculo vicioso de convicciones irracionales propensas a la idolatría. En definitiva, suponiendo válida esta percepción, ambos personales –y cuantos hubieren triunfado en la historia política venezolana– se habrían aprovechado de cualidades, no de liderazgo, para capitalizar su buen entendimiento de la psicología de masas. En resumen, resultarían unos estafadores políticos.

A esta concepción se opone quien opina que ambos líderes se forjaron a partir de las circunstancias a las que la dinámica de sus vidas les enfrentó. Con base en esta idea, no se convirtieron ellos líderes sólo por sus cualidades, sino por la coincidencia de

[2] Delgado F., S. (2004): *Sobre el concepto y el estudio del liderazgo político*. Psicología Política Nº 29, Universidad de Granada, Granada, p. 9.

circunstancias. Con base en esta concepción, Carlos Andrés fue forzando su espacio en la historia política gracias a la coincidencia de convertirse en el secretario privado de Rómulo Betancourt luego del 18 de octubre de 1945. Refuerza esa idea la narración de los hechos que se le atribuye al propio CAP en el libro "Carlos Andrés Pérez: Memorias proscritas"[3]. En un paralelismo más mediático, Hugo Chávez es resultado de la casi anecdótica circunstancia cuando, ya fracasado en el golpe de febrero de 1992, se le permite hablar en vivo por radio y televisión para pronunciar su famoso "por ahora". En ambos eventos que habría que reconocer la voluntad de cada uno en participar, pero no así su influencia directa en las coincidencias que le permitieron asumir ciertos roles protagónicos.

Finaliza nuestro empleando el significado que consideramos mejor se acomoda a nuestro análisis, pues abarca las dos aproximaciones que recién explicamos. En tal sentido, coincidimos en que Pérez y Chávez fueron hombres que se adaptaron y aprovecharon las circunstancias que los lanzaron al "estrellato" político; sin embargo, es en cómo fue ese aprovechamiento donde los personajes rompen el paralelismo que hasta ahora habíamos observado. Chávez usó el mimetismo para lograr sus objetivos. La adaptación de Chávez al entorno fue únicamente de formas, no de fondo. Por otro lado, y como mencionamos al inicio, CAP se reinventó a sí mismo en tres oportunidades, y esa adaptación fue realmente profunda, al extremo de que al leer algunos los segmentos de su vida política, se llegar a pensar no solo que son personas distintas, sino que incluso podrían haber sido adversarios políticos.

Alcanzamos así un punto de certidumbre que nos permite empezar a esculpir el perfil del político que hemos construido a partir del análisis precedente. Admitimos que tanto Carlos Andrés como Chávez tenían cualidades digamos, más que especiales, poco comunes, particularmente en lo que a arrojo y capacidad de entender las masas se refiere. También coincidimos en que ambos, a partir de esas cualidades, fueron capaces de capitalizar las particulares circunstancias que les permitieron alcanzar el poder. Ahora bien, para abordar la evaluación del comportamiento político, hemos de volver al ensayo de Delgado (2004, p.11), quien citando a Maisoneuve (1968)[4] establece que "…el liderazgo no será considerado de forma estática y estrechamente individualizada, sino como un sistema de conducta requerido por y para el funcionamiento del grupo, como una

[3] Hernández, R. (2006): *Carlos Andrés Pérez, memorias proscritas*. El Nacional. Caracas.
[4] Maisoneuve, J. (1968): *La dinámica de los grupos*. Proteo. Buenos Aires, p. 66

condición y una cualidad dinámica de su estructuración." Con base en esta idea, vemos divergir la interpretación del liderazgo de ambos personajes. Si bien Chávez empleó con éxito –hemos de admitir– el mimetismo como estrategia para capitalizar el estrellato de su "por ahora", esto no llega a hacernos superar la concepción del político como un adivinador de feria; en cambio en Pérez encontramos un reacomodo de sus cualidades en función de las circunstancias y de las necesidades tanto propias (ambición de poder), como del entorno político en cada momento histórico, momentos que arbitrariamente hemos delimitado y nombrado como: el ejecutor (1945-1964), el conciliador (1964-1979) y el revisionista (de 1979 en adelante), las que de seguidas desarrollamos.

Cuando Rómulo Betancourt preside la Junta Revolucionaria de Gobierno entre 1945 y 1947, Carlos Andrés, desde su posición de secretario privado, se vuelve un apéndice, un satélite que orbita en torno a ese astro. Esa condición lo acompaña incluso durante el destierro. Llegado el 23 de enero de 1958 y las elecciones de ese mismo año, Pérez sigue vinculado a la ejecutoria de Betancourt, más aún a partir de marzo de 1962, cuando ocupa el Ministerio de Relaciones Interiores. Ahí se transforma en el "Ministro Policía", en el brazo ejecutor de la política de supresión de la insurrección armada. Pérez muestra aquí su firmeza y determinación, pero no logra establecer su propia identidad, no aparece como un pensador, como un diseñador de políticas, es un ejecutor.

El inicio del segundo período presidencial de la era democrática ubica a CAP en el Congreso de la República como diputado por su estado natal. Aquí Pérez comienza a construir y consolidar su liderazgo, sin negar a su mentor, pero imprimiéndole su propio estilo. Ejercer la jefatura de la fracción parlamentaria de Acción Democrática (AD) le obliga a desarrollar habilidades para la negociación dentro de la dinámica parlamentaria. Atrás queda la imposición de la política por medio de la fuerza. Esta experiencia le resultará extremadamente útil cuando, a consecuencia de la salida de la división de AD para dar origen al Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), Carlos Andrés asume el reto de reconstruir al partido desde la Secretaría General. Levantar el ánimo de los compañeros, procurar el retorno de los *prietistas*, superar la derrota electoral de Gonzalo Barrios por un margen tan estrecho, todo ese entorno le obliga a convertirse en un gran conciliador, y a mantenerse así durante su primera presidencia.

Al analizar el primer período presidencial de CAP, resulta evidente que la reconciliación con las fuerzas políticas y los grupos de opinión del país se ha convertido en su *leitmotiv*, incluso por encima de su empeño en convertir aceleradamente al país en una potencia

latinoamericana. Carlos Andrés necesita dejar atrás el estigma del ejecutor, del satélite. Necesita que el país lo reconozca como una individualidad política, y lo logra irrumpiendo como una tromba en espacios que no le eran propios ni próximos.

Cierra Carlos Andrés Pérez un ciclo de transformación personal y política entregando la presidencia en 1979, y pareciera que hacerlo le convoca a revisar lo hecho y lo dejado de hacer. La hiperactividad que le es propia le impulsa a consolidar las conexiones que una campaña de proyección internacional le pudo haber granjeado. Desde su posición como vicepresidente de la Internacional Socialista, junto a Willy Brandt, se ocupa de revisar los postulados de la socialdemocracia. Como senador vitalicio, observa con detenimiento cómo su partido, primero en oposición a Luis Herrera Campíns y luego como gobierno en la presidencia de Jaime Lusinchi, se está quedando sin nuevas propuestas. Más allá de su audacia, CAP es reconocido por el país como un hombre que fija posiciones acerca de absolutamente todo, lo que se resume en la frase de Gonzalo Barrios que Felipe González narra en el documental "CAP 2 intentos"[5] cuando Barrios comenta que a Pérez "…quizá le falta un poquito de ignorancia…", y es ese el motor de su permanente revisionismo que se concreta en *El Gran Viraje*, como fue nombrada su propuesta gubernamental para alcanzar por segunda vez la presidencia. Allí buscaba Pérez revertir políticas que él mismo estableció en su primer gobierno. Pérez se revisa incluso a sí mismo.

Durante esta fase Pérez muestra la que viene a ser su más resaltante falencia política: el menosprecio al egoísmo. Promover cambios políticos tan abruptos en un entorno político tan amancebado por el disfrute de las prebendas del poder era demasiada irreverencia. Es aquí donde volvemos a coincidir en torno a cómo las cualidades y características de la personalidad determinan el fortalecimiento o debilitamiento del liderazgo. Desconocer las realidades políticas confiando únicamente en el poder de la razón y en el carisma fueron, en definitiva, las más destructivas armas contra el liderazgo de CAP. A diferencia de Hugo Chávez, Carlos Andrés no se mimetizó. Mientras el teniente-coronel negó sistemáticamente tener la intención de hacer lo que en definitiva hizo, Pérez dijo lo que iba a hacer, pero nadie pudo suponer con cuánto ímpetu lo haría. En consecuencia, podemos decir que ambos jugaron a la emboscada; Chávez mediante el disfraz y Pérez cabalgando la ola del "Estado Proveedor" que alguna vez personificó. Adaptación y aprovechamiento de las circunstancias.

[5] CINESA (2020): *CAP 2 intentos*. https://www.youtube.com/watch?v=yxMp99Dr3AU, minuto 21:30.

Como síntesis de esta sección y atendiendo a la interrogante que plantea el trabajo, encontramos que Carlos Andrés Pérez compone muchas de las cualidades que hoy estimularían al electorado joven para acompañar a un líder. La audacia, la actitud irreverente, el dinamismo, la actitud revisionista, todas ellas son altamente valoradas por la juventud; sin embargo, el uso del discurso como promotor de ambientes llenos de euforia y pasión han dejado de ser apreciados como estrategias válidas para ganar adhesiones y suscribir apoyos. La desconfianza ante la completa sintonía es propia de nuestras generaciones. La juventud actual es igual de cuestionadora, pero no está ganada a coincidencias absolutas, principalmente porque nuestras prioridades cambian con altísima frecuencia, porque las tendencias se distribuyen por el canal de la inmediatez, porque nos hemos criado en la idea de que lo único constante es el cambio y, en consecuencia, nadie podrá estar siempre de acuerdo con nosotros, pues ni nosotros mismos acordamos con lo que en algún momento del pasado defendimos con ahínco.

**Carlos Andrés estadista**

En la sección anterior abordamos tangencialmente la actuación de CAP en sus dos presidencias, pero esa aproximación respondía principalmente a entender el carácter político del personaje. En esta sección trataremos de dilucidar cómo Pérez estableció durante sus mandatos ciertos patrones que podrían resultan convenientes a los efectos de lidiar con una eventual y anhelada construcción de una nueva Venezuela. Al igual que en la sección anterior, emplearemos en ésta el método comparativo contrastando períodos similares con personajes de impacto histórico también similar. Para evaluar con mayor precisión la primera presidencia de Pérez, hemos escogido cotejarla con los gobiernos de Rómulo Betancourt y con el primer mandato de Rafael Caldera. El análisis del segundo período presidencial, emplearemos como contraste la segunda presidencia de Caldera (Caldera I) y la gestión de Hugo Chávez.

En esta sección no podremos restringir los criterios a lo meramente administrativo, pues las funciones y responsabilidades de un presidente están íntimamente relacionadas, sino que supeditadas, al entorno y dinámica política, doméstica e internacional. En atención a ello, hemos decidido plantear cada tópico identificando, en lo posible, actos de gobierno concretos para luego establecer los parámetros de comparación con las acciones semejantes de los otros presidentes; luego, trataremos de describir el contexto político de cada circunstancia para dilucidar lo que a nuestro criterio pudo haber influido en las conductas que cada presidente asumió. A los fines de limitar la extensión de este análisis

y ajustarlo al alcance propio de un ensayo, identificamos cuatro ámbitos que nos parecen fundamentales de cara a la realidad actual, siendo éstos: petróleo, productividad, conciliación política y proyecto de país. Cada uno de esos tópicos será comparado entre los períodos de Pérez (una suerte de Pérez vs. Pérez), y entre los de los otros mandatarios según corresponda.

Por resultar de primerísima relevancia en todos los órdenes de la cotidianidad venezolana y global, hemos elegido comenzar por el tema petrolero. Pérez tiene insoslayable protagonismo en la historia del petróleo en Venezuela, pero también Betancourt, Caldera y Chávez, forman parte del elenco de una obra que hoy experimenta su pasaje más desolador. Entender cómo llegamos a donde llegamos, tanto ayer como hoy, pasa inexorablemente por comprender el impacto de las decisiones que estos actores tomaron en cada momento de la historia.

Iniciamos el análisis escrutando la posición de Betancourt en cuanto a la riqueza petrolera, pues fue él quien primero y con mayor claridad definió lineamientos políticos en torno a la vinculación entre la industria petrolera y el desarrollo nacional. En tal sentido, Betancourt es el precursor de la consigna "el petróleo es de Venezuela", que a la fraseología de hoy resultará una obviedad, pero que para la primera mitad del siglo XX era toda una osadía. Reclamar para un país subdesarrollado la posesión de la principal fuente energética del desarrollismo occidental y en medio del mayor conflicto bélico que ha vivido la humanidad, era percibido por la comunidad internacional en el mejor de los casos como un hecho anecdótico y rayano en lo risible, cuando no como una imperdonable irreverencia; sin embargo, Betancourt fue consistente en tantear recurrentemente las condiciones políticas para lograr su propósito. Así las cosas, Rómulo se vuelve un teórico del binomio petróleo-desarrollo, teoría que condensa en una obra de imperecedera vigencia: Venezuela, política y petróleo.

El advenimiento de Betancourt al poder en 1945 a los 37 años, en un país que apenas se espabilaba ante la modernidad, con una industria petrolera importante, pero aún incipiente, y en medio de la reconfiguración del poder global a consecuencia de la devastación que produjo la Segunda Guerra Mundial porqué no fue capaz de ejecutar un cambio tan dramático como la nacionalización del petróleo; sin embargo, Betancourt se ocupa de sentar las bases mediante líneas políticas que se transcriben en la Constitución de 1947 y se discuten tanto en el Congreso, como en los mítines y en las calles. Luego, con 50 años de edad, Rómulo vuelve al poder. Encuentra un país que trata de poner orden,

que comienza a desentumecer los músculos de la democracia que apenas ejercitó diez años atrás. Es un país que sigue desmembrado, inconexo en lo físico y en lo civil. La paz política y ciudadana son prioridad. Otra vez, no es el momento.

Caldera I llega luego de 10 años de mandato adeco. Su base de sustentación es precaria, incluso considerando el cisma que sufre AD. El país se halla en menor agitación. Caldera es un hombre de decisiones moderadas. En 1971 promulga la Ley sobre Bienes Afectos a Reversión en las Concesiones de Hidrocarburos, un instrumento que avanza de forma timorata en la conversión de la industria petrolera en una industria nacional. El efecto de esta decisión fue tan devastador que pasarán 20 años para que el nivel de producción del país alcance las cotas que en ese año marcó. No encontramos en el entorno político de esta decisión justificación suficiente para acometer un cambio con tanta prudencia.

Cuando, en 1974, Carlos Andrés Pérez asume la presidencia, se encuentra con una industria que está siendo desmantelada soterradamente. Las transnacionales han dejado de invertir y el nivel de producción cae paulatina, pero sostenidamente. Pérez ha abordado el tema de la nacionalización con la audacia y determinación que le caracterizan, pero también empleando la mano zurda, la actitud de conciliador que identificamos en la sección anterior. En la toma de posesión vaticina los eventos que a lo largo de los siguientes dos años sucederán, primero con la nacionalización de la industria del hierro, y luego con la promulgación de la Ley que Reserva al Estado la Explotación y Comercialización de los Hidrocarburos. El entorno político nacional e internacional le es favorables. Acción Democrática tiene mayoría en las dos cámaras. Los conflictos en el Medio Oriente impulsan a Europa y Estados Unidos a favorecer la compra en mercados más próximos, tanto geográfica como políticamente. Pérez se ofrece como pivote en la lucha contra la penetración del socialismo en Latinoamérica utilizando el petróleo como promotor de la democracia en la región. Los antecedentes de CAP como ejecutor de la política contra la insurgencia armada le sirven de aval para que poner el control de la industria petrolera venezolana en manos del Estado resulte la mejor opción para los intereses de las potencias occidentales.

Ahora bien, cuando contrastamos al Pérez de la nacionalización con el Pérez de la apertura petrolera, encontramos una incongruencia bárbara. El mismo hombre que reservó para el Estado el control de la industria y, literalmente, se la arrebató a las transnacionales, es el mismo que menos de 20 años después les llama a volver y participar en la exploración y producción, refinación y mercadeo de los hidrocarburos. Eso parece

inconcebible, al menos en la superficie. La argumentación de Pérez para justificar este *gran viraje* se concentra en un argumento: favorecer el desarrollo, aguas abajo, de la inversión privada nacional; es decir, el planteamiento era *renacionalizar* el petróleo, transfiriendo buena parte del manejo del negocio desde el sector público hacia el privado. Reconoce Pérez que el ingreso petrolero es el principal alimento del crecimiento desproporcionado del Estado Venezolano y decide, con la firmeza que lo caracteriza, cortar el *cordón umbilical* con la burocracia estatal, para llevarlo a abastecer al sector privado. Como era de esperarse, el clientelismo embiste contra la medida, mientras que los supuestos beneficiarios demostraron su total incompetencia en el ámbito de la competitividad. Pérez sobrevaloró a los empresarios y subvaloro al clientelismo.

Al conectar este punto de la *renacionalización* con los gobiernos que le sucedieron al CAP II, hallamos nuevamente un Caldera renuente a emprender cambios significativos. En cuanto al mercado interno de hidrocarburos, se admite la participación del capital privado en la venta de combustibles, y aunque el mercado clama por una banda de precios, pero el gobierno insiste en un precio único. En cuanto a los convenios y las asociaciones estratégicas con capital nacional y extranjero, durante Caldera II no hay cambios sustanciales, a excepción de la reorganización de la casa matriz en aras de disminuir la duplicidad de esfuerzos. Nuevamente se nota la ausencia de condiciones internas o externas que justifiquen tal inercia política, más allá de lo que habría de constituir la impronta del líder socialcristiano.

En contraposición, Hugo Chávez emprende contra la política petrolera de CAP II una encarnizada crítica. Chávez interviene la gerencia corporativa de PDVSA, y en clara retaliación ante la negativa de ésta a acceder a la politización del manejo del negocio, a principios de abril de 2002, enardecido y arrogante, en cadena nacional, con un silbato en la boca –cual árbitro de futbol– Chávez despide a siete altos directivos de la que para el momento era la cuarta empresa petrolera del mundo. Es el inicio de un convulso proceso político que incluye los sucesos del 12 de abril del mismo año, un evento que sigue inmerso en muchas interpretaciones, pero lo cierto es que termina con un Chávez que vuelve con actitud más humilde, que ofrece rectificación –crucifijo en mano– y continúa al mando del gobierno, solo para enfrentar el paro petrolero el 2 de diciembre de 2002. Este dramático suceso trajo consigo lo que bien conviene llamar el "desmantelamiento de PDVSA", cuando más de 15 mil trabajadores que se adhirieron al paro fueron despedidos. El costo de prescindir, de un día para otro, de una plantilla con altísimo nivel

de calificación, fue pagado con el debilitamiento sistemático de la capacidad operativa y la disminución continuada de los niveles de producción, sin mencionar la opacidad en el manejo financiero ni el crecimiento desproporcionado de la corporación al encargarla de negocios tan disímiles del petrolero como la producción y distribución de alimentos: Lácteos Los Andes.

Como en esta sección, más allá evaluar resultados, queremos resaltar la congruencia entre liderazgo, conducción y ejecución con miras a los objetivos contenidos en el discurso político, encontramos que, muy a despecho de Betancourt, en ninguno de sus dos períodos de gobierno se verificaron las condiciones internas y/o externas propicias para ejecutar las políticas que siempre sostuvo. Caldera en ambos períodos mostró una actitud conservadora ante el tema petrolero. Chávez fue firme, decidido y consistente en cambiar la manera en que se gestionaba la industria. Pérez, en contraste con todos ellos, encontró condiciones favorables para acometer cambios profundos en el sector, que sin llegar a ser opuestos entre sí, fueron completamente divergentes en la concepción de quién y cómo gestionaba la riqueza petrolera del país.

Este último punto nos conecta con el segundo ámbito a abordar en este trabajo: la productividad, entendida ésta como las medidas adoptadas para generar riqueza más allá del petróleo. Nuevamente hemos de iniciar con Betancourt, quien a este respecto resalta por enfocarse en favorecer la producción agrícola y pecuaria. Es entendible que Betancourt se preocupara por el impacto social del impulso que le imprimía al sector agropecuario, principalmente porque para los años en los que fue presidente, tanto la primera, como la segunda vez, Venezuela era profundamente rural. Las masas de campesinos estaban a una insalvable distancia de la modernidad que podían vivir los obreros y pequeños comerciantes en contadas ciudades a excepción de la capital. En consecuencia, Betancourt tiende a favorecer un proceso de redistribución mediante la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, promoviendo la democratización de la tenencia de la tierra y con la expectativa de incrementar significativamente la producción de alimentos en el país. Más allá de eso, Betancourt no cuenta con ingresos suficientes para financiar la industrialización del país, lo cual no limita su interés por propiciar condiciones favorables que incluso suponen darle continuidad a planes y programas diseñados durante la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, no sin antes ajustarlos e implementarlos con base en política de inclusión y nacionalismo democrático que siempre defendió.

Caldera I muestra en este aspecto avances más concretos que en materia petrolera. La confianza que genera para el capital, nacional y extranjero, el establecimiento de la que luego será llamada la democracia más sólida de Latinoamérica, favorece el florecimiento de un clase media alimentada por el comercio y la expansión de la construcción a partir de inversiones tanto privadas, como públicas. El circuito económico se ve favorecido por importantes transferencias que desde el poder central se hacen para el desarrollo de la infraestructura vial y de servicios. La ampliación y mejora de la red de distribución eléctrica en el país permite descentralizar la actividad industrial, diseminándolas por casi toda la geografía nacional. Si bien no se puede hablar de giros drásticos en la política económica, Caldera I sí puede exhibir una gestión muy favorable a la diversificación de las fuentes de empleo y riqueza en la nación.

Carlos Andrés, consecuente con su modo enérgico de hacer política, desata una revolución en la economía nacional. Financiado por los ingentes recursos de los que provee al fisco la administración de la riqueza petrolera, se crea un mercado de financiamiento público que reparte dinero a manos llenas. Se condona la deuda agraria (el famoso "borrón y cuenta nueva") y le imprime, a su imagen y semejanza, un paso acelerado al fomento de la industria nacional. En este período no se hacen análisis de ventajas competitivas, no se discrimina dónde y cuándo invertir. Las barreras arancelarias y los subsidios permiten que cualquiera sea artificialmente competitivo. El país se embriaga ante un océano de prosperidad que en demasiados espacios es preocupantemente somero. Esa falta de profundidad y viabilidad se hace evidente años después cuando, en su segundo gobierno, y nuevamente con el vertiginoso paso que le caracteriza, comienza a levantar barreras y a imponer las leyes de la libre competencia a un parque industrial enclence y vicioso del proteccionismo estatal. De nueva cuenta, como sucediera en el choque entre la política petrolera de CAP I con la de CAP II, el país no estaba preparado para tanta bipolaridad política. Los industriales se revelaron contra la extinción acelerada de las protecciones al cobijo de las cuales habían amasado grandes fortunas aun siendo tremendamente ineficientes. Los pequeños comerciantes se ven avasallados por prácticas que no les eran comprensibles. El mercado internacional entra como un tsunami y arrasa a todo aquel incapaz de adaptarse aceleradamente. Los damnificados fueron demasiados y se aliaron para construir un muro, no solo contra la apertura comercial, sino entorno a quien había destruido el dique que es guarecía de los rigores de la globalización.

Caldera II es mucho más firme de lo que había sido antes en la toma de decisiones con relación a los factores económicos. La reforma a la Ley Orgánica del Trabajo en 1997 constituye el acto más diáfano en materia de dinámica productiva que haya acometido Rafael Caldera en sus dos períodos presidenciales. Hay que agregar que el comportamiento ponderado y conservador del líder socialcristiano fue factor determinante para contener la crisis de confianza y la presión monetaria que termina en la corrida bancaria de 1994. Si bien las causas de esta situación se sitúan en la inestabilidad política que devino posterior a la separación del poder de CAP, también es innegable que Caldera no implementó las medidas necesarias para impedir que tal evento ocurriera; sin embargo, ya iniciada la corrida, el gobierno logra sortear con relativa efectividad una crisis que bien pudo terminar en situaciones mucho más complejas. La implementación de controles de precio y de cambio, en una aparente involución de la liberalización que había iniciado unos años antes, resultaba imprescindible para minimizar el daño al sistema financiero nacional. Caldera vuelve a aparecer en la historia como un ecualizador, pero no como un magistrado audaz.

En 1998 el país decide enrejarle el poder al líder de la asonada golpista de 1992. El Comandante Hugo Rafael Chávez Frías inicia su gobierno haciendo tambalear todas las instituciones del país, todas las formas, todos los acuerdos. Llama al país para redactar una nueva constitución, cambia reglas del juego, desconoce acuerdos dados por incuestionables, expropia, amenaza y arremete con un sector privado que, en general, mostraba mucho más vicios y debilidades que virtudes y fortalezas. Vuelve el capitalismo de Estado, se revierte la descentralización, el burocratismo encuentra nido en una "nueva PDVSA", vuelven los controles, ahora más rígidos que nunca. Chávez desmantela las relaciones de poder, económicas y de control social que habían prevalecido en el país por cuarenta años, pero es incapaz de imponer un nuevo orden. La incertidumbre, la desconfianza y el desamparo ante la discrecionalidad gubernamental comienzan a hacer mella en el aparato productivo. Precios fijados muy por debajo de los costos de producción y un gobierno que justifica en la reducción de la oferta nacional su rol como abastecedor del mercado interno por medio de importaciones que subsidia con un tipo de cambio artificialmente alto, concluye en el mayor retroceso que haya dado una economía en tiempos de paz.

En materia de productividad es evidente que ninguno de los presidentes objeto de análisis fue medianamente competente. Betancourt fue ruralista y agrario en la práctica.

Caldera, timorato y empecinado en lograr la distribución de la riqueza, pero sin entender muy bien cómo se creaba. Chávez trato de establecer un nuevo modelo socioeconómico que nunca terminó de definir ni de arrancar. Carlos Andrés tuvo siempre una visión desarrollista, pero en ninguno de sus dos gobiernos implementó programas que fijaran metas a largo plazo. El error sistemático de CAP fue apostar por revoluciones de pensamientos y procederes con la misma velocidad que él las comprendía y asimilaba. Como conclusión de este segmento, el nuevo liderazgo debe ocuparse de generar riqueza, no de distribuirla, no de simularla. Crear las condiciones para la creación de riqueza toca aspectos no sólo económicos, sino sociales y políticos. Acerca de estos últimos discurrirá el próximo segmento.

Ante la dinámica sociopolítica que vive el país durante esta última década, resulta imprescindible lograr el restablecimiento del orden y la convivencia democrática. Con base en esta premisa, estudiaremos cómo los presidentes seleccionados, en cada un de sus mandatos, sortearon los niveles de conflictividad que debieron enfrentar. Betancourt tuvo la responsabilidad de afrontar dos países igual de convulsos. La renuencia del militarismo a traspasar el poder al sector civil fue el eje de acción política en torno al cual Rómulo Betancourt desarrollo su presidencia entre 1945 y 1947. A consecuencia de la debilidad del tejido político del momento, aquello que debió ser un gobierno amplio, se convirtió en una hegemonía adeca. El *trienio adeco* padeció del sectarismo que constituiría, a la postre, una imagen difícil de borrar del imaginario político nacional. En reconocimiento de ese error estratégico, en 1959 Rómulo emprende un gobierno soportado sobre la base de un pacto de gobernabilidad suscrito por los tres líderes más relevantes: Rafael Caldera, Jóvito Villalba y él mismo. Sin embargo, la renuencia del Partido Comunista a inscribirse en la construcción de un gran acuerdo nacional, termina por convertir la lucha política en una lucha armada. Betancourt actúa con fuerza y decisión para suprimirla, mientras que Unión Republicana Democrática (URD), el partido comandado por Jóvito Villalba, deserta del pacto, pero se mantiene fiel a las reglas del juego democrático. COPEI no rompe el acuerdo con la expectativa de capitalizar electoralmente los excesos del gobierno. No logra inmediatamente su objetivo, pero colabora en la consolidación de la democracia.

Cuando Caldera finalmente accede al poder (luego de haberse postulado cuatro veces a optar por la primera magistratura), encuentra una nación muy avanzada en el terreno de la pacificación, la cual se suscribe en un acuerdo que las circunstancias permiten que

suceda en su gobierno. Ya hemos dicho que la base de sustentación política de Caldera I es precaria, su triunfo fue cuestionado por el estrecho margen con el que aventajó al que fuera un excelso político, pero un pésimo candidato: Gonzalo Barrios. Los reacomodos doctrinarios en el seno de AD, con sus dos divisiones: el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el MEP; y luego que el Partido Comunista se escindiera, dando a luz al MAS, quedando URD bastante disminuida por no poseer una definición ideológica clara, favorecen que Caldera, por su talante intelectual e indudable compromiso democrático, tienda puentes que cruzará todo el espectro político.

Llega Carlos Andrés a la presidencia, como hemos dicho, con la mácula de haber sido el ejecutor de las medidas más duras contra la insurgencia armada. Aunque el país está en paz, la política no vive el mismo ánimo. Pérez, en el comportamiento de conciliador que ya describimos, amplía sus horizontes, incursiona en ámbitos muy disímiles a los que podrían esperarse de un policía: la cultura, la educación y la conservación del medioambiente son, a lo interno, los principales argumentos del discurso político para demostrar las cualidades de este nuevo CAP. La paz interna también la permite pagar, con los *petrodólares* que provee la nacionalización, una campaña que va más allá de las fronteras. Pérez interviene en la política internacional rompiendo con la Doctrina Betancourt y entabla relaciones con jefes de gobierno que no han sido electos dentro de la democracia. El discurso de Pérez es claro: la democracia se consigue y se consolida con más y no con menos democracia. Toda esta amplia demostración de capacidad para negociar la pierde Pérez en su segundo mandato. El Carlos Andrés revisionista se ha convencido que sus reflexiones le han acercado a la verdad, y asistido por la convicción de estar en posesión de la razón, confiado en su indiscutible conexión con las masas, prescinde de las negociaciones domésticas. El <<*opening*>> de su segundo gobierno es interpretado por el país como un gesto de arrogancia, *la toma de posesión faraónica* se convierte en la frase que resume el evento. Pérez desmerita la capacidad de los que, cuando ya era demasiado tarde, reconoce en su discurso del 20 de mayo de 1993[6] como confabulados en "la rebelión de los náufragos políticos".

Caldera II es producto de la conciliación con ese sindicato de náufragos. Cuando Morales Bello exige muerte a los golpistas, Caldera los justifica. Ese anciano que tenía ganado un sitial de honor en la historia como uno de los constructores de la democracia, prefiere

[6] Discurso del Presidente de la República de Venezuela Carlos Andrés Pérez en oportunidad de su separación del cargo el 20 de mayo de 1993 a consecuencia de haber autorizado el Senado de la República su enjuiciamiento: https://www.youtube.com/watch?v=gSoc3te_EtI [consultado septiembre 22, 2022]

destruir al partido que fundó y crear la primera coalición político-electoral exitosa: Convergencia. De nuevo los acuerdos le son fáciles a Caldera, pero ya no por su talante democrático, sino por la precariedad de su elección y la atomización del espectro político. El país se tranquiliza, pero no está en paz. La democracia ha recibido un duro golpe propinado por quienes estaban llamados a defenderla.

Hablar de Chávez en el ámbito de conciliación política parece un contrasentido, pero no lo es. Si bien Caldera negoció con los náufragos, Chávez logró hacer coincidir a éstos con la anti política, lo que en algunas lecturas parece la misma cosa, pero no lo es. Aquellos náufragos de los que hablaba Pérez habían sido siempre políticos, fracasados, pero políticos. Todos habían vivido de su relación con la política. Pero la anti política estaba encarnada en la clase media profesional que la democracia había logrado construir. Eran los ascetas de la política. Los que encontraban tanto que reclamar y nada que agradecer, y que en tal situación, fueron terreno fértil para el descrédito de la política, sin obviar cómo la impudicia de algunos de sus más relevantes exponentes favorecieron tal circunstancia. Ahora, volviendo a Chávez, él logró reunir en torno a una consigna, la revancha, los sentimientos más ruines de una sociedad ensoberbecida.

Conclusión acerca de la coalición política: no podremos escapar de este conflicto sin que exista la voluntad de perdonarnos y de perdonar a otros. La conflictividad política en Venezuela, desde 1945 hasta hoy, ha estado signada por la revancha. Las élites en torno al militarismo que no perdonaron el golpe contra Medina. El militarismo que se sintió traicionado por Betancourt. Los comunistas y la izquierda adeca que vieron su desplazo de la escena política una estafa al sacrificio que habían padecido en la resistencia. Los guerrilleros que no le perdonaban a Carlos Andrés haberlos liquidado. El ego de Caldera. El clientelismo adeco que no perdonó la democratización del poder. El empresariado enclenque que, como niño consentido, se molestó porque le quitaron el biberón de la protección paternalista del Estado. La clase media profesional incapaz de reconocer en la democracia su propia existencia. La dirigencia política ausente de ideas y ávida de poder. El pueblo irracional y desmedido que, azuzado como lo fuera en febrero de 1989, arremetía contra todo y todos porque ahora Venezuela era de todos. Una generación de manos blancas, pero sin referentes, que con mucho idealismo, pero carentes de solidez ética, fueron explotados por todos: por los decepcionados, por los despechados de ayer y de ahora, por los manipuladores de oficio, por el gobierno, y hasta por ellos mismos. Sin

que cada uno haga honesta reflexión y busque la justicia antes que la revancha, la historia dice que no podremos superar esta crisis.

Cerramos con el más importante, pero más sencillo de exponer de los cuatro ámbitos que inicialmente definimos: el proyecto de país. El de Betancourt está casi prístinamente descrito en dos documentos: el primero, la génesis, el *Plan Barranquilla*; el segundo, la versión depurada y desarrollada, *Venezuela, política y petróleo*. Con Caldera no se puede llegar a tal nivel de concreción. De sus discursos se desprende un honesto interés por distribuir la riqueza, pero no es tan claro entender cómo llega a generarse. De Chávez podemos concluir que *El Plan de la Patria* y aquel dibujo libre intitulado *El Socialismo del Siglo XX* no lograrán responder la pregunta de quien alguna vez fue su aliado, Luis Miquilena, cuando preguntaba en torno a la sociedad civil organizada: *¿con qué se come eso?* Pérez tampoco puede mostrar un proyecto de país, aunque sí una tendencia: el desarrollismo. Este degradante escenario nos muestra que la debacle de la política venezolana sucede por ausencia de propuestas para el país. Desde 1941, año de la fundación de Acción Democrática, los demás partidos vivieron de oponerse a las ideas de AD, cuando AD se quedó sin ideas, la política se volvió errática. Conclusión: aparte de expiar culpas y demonios como indicamos en el segmento anterior, el país necesita un proyecto para el futuro, un eje teórico y práctico en torno al cual discutir. En ausencia de ello, la sociedad seguirá simulando insectos atraídos por la luz.

**Conclusión**

Luego de disentir en cómo entender al político, coincidir en que cada uno, desde su perspectiva, se aproximaba al concepto. Ya establecido el acuerdo en cuanto a que no se percibe en la historia política actual ni anterior un ejemplo de liderazgo que logre superar el escepticismo y la desconfianza de la juventud ante las "coincidencias forzadas". Luego de repasar la historia y construir nuestra propia narrativa, sin apasionamientos y con base en las más diversas opiniones. Cuando nos percatamos que nuestra sociedad ha vivido de revancha en revancha, con espasmódicos eventos de reconciliación; eventos esos que justamente coincidieron con el mayor esplendor de nuestra patria. Toda vez que nos ha impactado percatarnos que la más reciente propuesta política, diseñada y estructurada para una visión de país a largo plazo, data de hace más de medio siglo, sino que más allá. Una vez que todo este ejercicio analítico y reflexivo se asienta en nuestras mentes, entonces nos embarga un deseo enorme de huir y una tremenda necesidad de reclamarle

a nuestro padre. El deseo de huir se explica en una palabra: diáspora. Pero el reclamo a nuestro padre es bastante más dífila, pero igual lo intentaremos:

> *Te reclamamos el habernos enamorado de un país que no existe, que sólo vive en tu mente y en tus recuerdos. Te reclamamos habernos enseñado lo que es la libertad de decidir en un país donde no podemos hacerlo. Te reclamamos llenarnos de sueños en un país donde no se puede dormir. Te reclamamos no haber luchado lo suficiente. Te reclamamos no haberle arrebatado la conducción del destino de nuestra patria a quienes sabías nos iban a perder. Te reclamamos no haber enamorado a otros como nos enamoraste a nosotros, no haber inspirado en otros lo que en nosotros inspiraste. Te reclamamos, padre, hacernos querer a quien parece no quererse a sí misma.*

Tripocho.